



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLI

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 12278

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

Redacción y Administración: Mayor, 24

MARTES 14 DE OCTUBRE DE 1902

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Caumartin, 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

LA SEGURIDAD INDIVIDUAL

Por segunda vez se han reunido numerosos elementos murcianos para pedir á la autoridad superior civil de la provincia amparo contra las asechanzas y atropellos.

Tienen razón los que tal solicitan: ó los encargados de la seguridad del individuo garantizan el buen cumplimiento de este importantísimo servicio ó va a ser cosa de que cada cual se dedique á la defensa de su hacienda y su vida.

No de ahora, sino de mucho tiempo atrás, se encuentra Murcia en circunstancias anormales. Con escandalosa frecuencia turba el silencio de la noche la detonación del revólver disparado por gusto ó con intenciones asesinas. Raro es el día festivo en que no ocurren unas cuantas riñas que dan trabajo á médicos y jueces y cada día laborable que pasa va aumentando la crónica negra con un robo andaz ó con una agresión verificada por sport, porque hay ocasiones en que el lesionado no conoce á quien le lesionó.

Tal estado de cosas no puede continuar. La persistencia de ese desasosiego no tiene justificación posible, pues lo que se aduce respecto á recomendaciones de ciertas personalidades en favor de los guasones que disparan tiros por el placer de asustar gente ó de los que abandonándose á sus instintos camorristas se hacen dignos á cada momento de entablar relaciones con el código, ni es serio ni puede admitirse en el terreno de lo razonable.

Ha venido á colmar la medida el atropello realizado contra el «Diario de Murcia». En uso de su

perfectísimo derecho y en los tonos templados que uso siempre el colega, manifiesto su opinión favorable á la mezcla del pimiento, no emitida caprichosamente, sino razonada; mas como si el mantener esa opinión fuese delito para los que tienen opinión contraria, unos cuantos fuerlanos que hoy acusarán á las autoridades de conculcadoras del derecho, por haberles clausurado sus centros sociales, atropellaron el que amparaba al periódico murciano para decir lo que decía y que tanto ha lastimado á los allanadores de su redacción y su imprenta.

¿Con qué amargura recordará el señor Tornel su pasada labor favorable á los que han destrozado su imprenta, la imprenta de aquel periódico que hace veintitres años llevaba á todas partes la súplica impetrando el auxilio del mundo para los inundados de la huerta!

Aquella campaña en la que el señor Tornel puso su alma toda de murciano, merecía otros respetos y no el atropello salvaje del pasado sábado. Las cajas volcadas por el odio, contenían tal vez las mismas letras que dieron forma á los hermosos pensamientos con que el distinguido periodista llamo á las puertas de la caridad española atrayendo sus dones sobre Murcia.

Eso no puede ser. No es posible seguir en este desamparo de la vida y la hacienda, teniendo aquella á merced del que quiera quitarnosla y expuesta ésta al capricho del que quiera arruinarla.

Hay que garantir la seguridad individual. Hay que impedir que ese hecho incalificable se repita.

A UN CHATO

Considero muy sonante que al oír ciertas intrigas á tus compañeros digas que tienes muy buen olfato; más creo necio decir que á tu conocida gente asegures andazmente que tienes buena nariz.

Eugenio Rey Soane.

TIJERETAZOS

Dice un periódico: «Hay que acostumbrarse á la agitación, por la permanencia de los motivos; la quietud absoluta, de que ningún país goza ya, es imposible, aún con el régimen de prevención permanente.»

Mal se presenta el porvenir. De una parte la dictadura continúa. De otra parte el desorden, continúa también.

¿Es esto posible? ¿No se encontrará al justo medio que haga renacer en las sociedades la tranquilidad?

Sería un gran bien, por que el mundo, que ya era considerado como valle de lágrimas, va convirtiéndose en infierno.

Leemos:

«Entre el elemento obrero de Madrid se nota una excitación muy honda, cuyo alcance y probables consecuencias no es posible prever.»

¿En Madrid solamente?

Eso se nota en todas partes. Y donde pasa desapercibida es porque se encuentra en estado latente. Ya vendrá el acceso.

Dicen de Madrid que á un inspector que detuvo á dos individuos que refían le acometió un tercero con una navaja.

El inspector se defendió á bastonazos, hiriendo en la cabeza al agresor. Más le valiera estar duermas. Porque como se arme discusión alrede-

dor del palo, va á tener que sentir el agente de la autoridad.

Y no será extraño que haya quien defendiendo la tesis de que debió dejarse dar de puñaladas para que quedara justificado el apaleo.

Las tropas portuguesas se han dedicado á cazar reyezuelos.

Hace días cayó en la rodada el de Chibu... Bueno, lo que sea, ¿quien se acuerda de tan extraño nombre?

Ahora ha caído en el caso el de Cham-buema.

¿Van á hacer colección?

MUERTE MISTERIOSA DE UN ESCRITOR

El crítico y periodista inglés Mr. Lionel Johnson, asiduo colaborador del «Daily Chronicle» y de numerosas Revistas literarias, ha muerto en el Hospital de St. Bartholomew, de Londres.

Circunstancias por extremo misteriosas han rodeado la muerte del celebrado literato británico.

Existe en Londres una casa de antigua construcción, donde, según el vulgo, ocurren cosas singulares y capaces de poner espanto en el ánimo mejor templado.

Dícese, en efecto, que allí se abren solas las puertas, como en los palacios encantados, que suenan ruidos misteriosos á altas horas de la noche, y que, por último, si se arroja en el suelo un poco de yeso, obee-rvase que el blanco polvillo dibuja cascabeles y signos extraños, como obedeciendo á una mano invisible.

La casa tiene además una fatídica leyenda; según la cual todo el que se atreve á habitarla muere al poco tiempo y de enfermedad desconocida.

Mr. Lionel Johnson, que era un verdadero «esprit fort», despreció las historias y consejos, yéndose á vivir hace pocos días á la casa en cuestión.

El lunes de la semana pasada era recogido por la policía y llevado al Hospital de San Bartolomé, el cuerpo casi exánime de Mr. Lionel.

En los cinco días que ha permanecido en el hospital, hasta ocurrir su fallecimiento el lunes último, ha sido imposible á los médicos hacer recobrar el conocimiento á Mr. Lionel y averiguar la causa de su misteriosa muerte.

Ya no tienen los londinenses su Gerard de Nerval, y en torno de un personaje una leyenda de Edgar Poe.

Las prácticas de tiro en los buques de guerra

Por el ministerio de Marina se ha dictado una Real orden disponiendo que se consignen en el nuevo presupuesto los créditos necesarios para triplicar el número de disparos asignados á cada pieza en nuestros barcos de guerra por el art 49 del vigente reglamento de municionar.

Al propio tiempo se ordena que, en cuanto sea posible, los cabos de cañón, al embarcar en un buque determinado, se les asigne á una pieza, permaneciendo en su maneo el mayor tiempo posible, evitando los trabaridos y cambios de servicio dentro de un mismo barco, y sólo en caso de necesidad de tener que llevar á cabo una cosa ú otra, asignarlos á piezas similares á las que conocen por la práctica adquirida.

El artículo tercero de esta Real orden dice textualmente: «Que se incline en el ánimo de todo el personal afecto á una batería, que hoy día, en pocos minutos puede efectuarse la destrucción de un buque de guerra por otro de análogo poder ofensivo, y que de la instrucción y práctica de los cabos de pieza depende, en gran parte, el éxito de un combate y tal vez el resultado de una guerra.»

Dispónese también que progresivamente vayan acumulando en la batería doctrinal del Departamento de Cádiz el mayor número posible de piezas modernas, con gran existencia de blancos, tanto para suil cañón, dándose en dicha batería cuanta amplitud se pueda á la enseñanza de tiro al blanco.

Estas mismas ideas deberán llenarse en buques escuelas de artilleros de mar, ha-

Probad el Licorero de HENRI GARNIER y C.^a

101 UN DESESPERADO

—Ya lo sé, ya lo sé—exclamó Gaguine.—No, no tengo derecho á exigirle á V. una respuesta; y la pregunta que acabo de hacerle ataca á todas las conveniencias sociales; pero me he visto obligado á obrar así. ¿Es imprudente jugar con fuego! No puede imaginar V. lo que es Annuehka. Es de esperar que ó caiga enferma, ó que huya, ó bien... ó bien, que le dé á V. citas... Otra sabría disimular sus sentimientos y tener paciencia, pero ella no puede. Esta es su primera prueba: ¿ese es el mal! Si V. hubiera sido testigo del modo cómo sollozaba hoy á mis pies, participaría V. de mis temores.

Me puse á reflexionar. Las palabras de Gaguine «que le dé á V. citas» me oprimieron el corazón. Me parecía vergonzoso no corresponder á su honrada franqueza con una confesión leal.

—¿Si —le dije á la postre—tiene V. razón. Hace ya una hora he recibido una carta de su hermana; aquí la tiene V.

La cogió, la leyó con rapidez; y dejó caer las manos sobre las rodillas. La sorpresa que expresaban sus facciones hubiera sido divertida, si en aquel momento hubiese estado yo para pensar en reírme.

—Es V. un hombre de honor—me dijo;—mas no por eso estoy menos en vilo acerca de lo que debo hacer. ¡Cómo! ¿Me pide la fuga, y en esta carta se con-

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 100

ner, la he dicho que no; pero me espanta su perspicacia. No desea más que una cosa, marcharse, partir cuanto antes. Me quedé á su lado hasta el amanecer; me hizo que la prometiese ponerme en camino mañana sin falta, y sólo entonces se ha adormilado. Después de madura reflexión, me he decidido á venir para conferenciar con V. acerca de este asunto. A mi parecer, tiene razón mi hermana; lo mejor es partir. Y ya me la hubiera llevado hoy mismo si no se me hubiese ocurrido una idea que me ha parado. ¿Quién sabe? Podiera ser que le gustase á V. mi hermana. En ese caso, ¿por qué separarnos? Así, pues, me resolví; y dejando á un lado mi amor propio, apoyándome en algunas observaciones que he hecho... sí... me he decidido á venir... á venir á preguntarle á V....

Al llegar aquí Gaguine, se detuvo desconcertado. —Dígnese V. dispensarme... por favor... No estoy acostumbrado á conversaciones de este género.

Le cogí la mano, y le dije con firmeza: —¿Quiere V. saber si me gusta su hermana? ¡Sí, me gusta!

Gaguine fijó en mí los ojos, y replicó titubeando: —Pero, en fin, ¿se casaría V. con ella?

—¿Cómo quiere V. que le responda categóricamente á esta pregunta? Hago á V. juez de ello... ¿Puedo yo ahora...?

XVII

ENTRE en mi cuarto; y, sentándome, me puse á meditar. Mi corazón palpitaba con fuerza. Releí varias veces la carta de Annuehka. Miré el reloj: no era mediodía.

Abrióse la puerta y entró Gaguine. Le encontré taciturno. Me cogió la mano y la estrechó con fuerza. Se veía que estaba bajo el peso de una profunda emoción.